

El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*

Mario Garcés



LORETO HERMOSILLA J.**

Los movimientos sociales constituyen una temática de interés para muchos historiadores, quienes ven en ellos procesos abundantes en causas, protagonistas, propósitos e ideologías. En este sentido, el historiador Mario Garcés aborda este asunto centrandó su atención en América Latina y Chile, y analiza con especial interés y profundidad el masivo movimiento estudiantil que experimentó nuestro país durante el año 2011.

* 2012. Santiago: LOM. 150 páginas.

** Profesora en Historia y Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile. *E-mail*: lorehermosillaj@gmail.com

El despertar de la Sociedad es el título que presenta el autor para denominar a la acción colectiva, iniciada por los estudiantes, que desembocó en uno de los movimientos sociales más relevantes del último tiempo y que tuvo entre sus más importantes logros su constante masificación. Sin embargo, para analizarlo más profundamente, debemos retornar a la pregunta que él mismo nos propone: ¿Qué son los movimientos sociales?

Sin duda, el concepto en cuestión se encuentra íntimamente asociado al desarrollo histórico de la región a analizar. En este caso, es importante reencontrarnos con la noción que nos presenta la Historia de Chile.

Hacia fines del siglo XIX, encontramos la acepción que se enmarca dentro de la lucha obrera, la que involucra una clara cercanía con la ideología marxista y la lucha de clases. En esta línea, los movimientos sociales de fines del periodo surgen como respuesta a la también denominada “Cuestión social”, es decir, a las deplorables condiciones de vida en la que estaban inmersos los obreros de la época. No era de extrañar, entonces, que un contexto de tales características propiciara las circunstancias que finalmente permitieron la emergencia de masivos movimientos sociales. En este sentido, es importante destacar la huelga portuaria de Valparaíso que se desarrolló entre los meses de abril y mayo de 1903, la denominada “huelga de la carne” de Santiago en 1905, y la huelga de los caldereros del ferrocarril de Antofagasta en 1906 y, por cierto, la huelga de los obreros del salitre de Iquique, en 1907. Esta última, poco informada por la historiografía tradicional y por los textos escolares, involucró a más de treinta mil trabajadores, quienes fueron fuertemente reprimidos, y constituye a juicio del autor el movimiento social que antecede al estudiantil en términos de masividad.

Todas estas movilizaciones tienen en común una exacerbada violencia por parte del Estado contra el pueblo, conformados en aquel entonces por obreros y trabajadores, principal mano de obra del país. La violencia se manifestó principalmente a través de represión armada, maltratos físicos y psicológicos y amenazas de despido y reducción de salarios. En este punto, es posible comprender el propio concepto de “Movimiento Social” como la acción de exigir un bien material concreto o condiciones que permitan su obtención y/o satisfacción. Sin embargo, el propio desarrollo histórico permitirá la evolución de su significado.

A medida que se avanza en el siglo XX, la Historia de Chile nos continúa otorgando señales de movimientos sociales. La primera mitad de este

siglo, condicionada sin duda por los acontecimientos antes señalados, permite la aparición de sindicatos, confederaciones obreras, partidos políticos y un sinnúmero de organizaciones sociales que pretenden canalizar las demandas de los trabajadores. Es importante destacar aquí dos elementos: que la organización es entendida por el pueblo como herramienta de lucha y que la organización permite la aparición de nuevos movimientos, como es evidente desde las primeras demandas estudiantiles.

Las movilizaciones expresadas en huelgas, paralización de actividades y marchas se hicieron cada vez más recurrentes y constituyeron, durante el siglo XX, las principales expresiones de poder popular. No obstante, lo conseguido hasta entonces gracias a estas acciones se vio abruptamente interrumpido por el Golpe de Estado de 1973 y la Dictadura Militar. No fue sino hasta una década después de este hecho que las protestas se reactivaron y el movimiento social volvió a adquirir notoriedad, canalizando, una vez más, las necesidades del pueblo.

En este sentido, América Latina ha sido testigo y protagonista de numerosas tomas ilegítimas de poder, que a pesar de toda la violencia que han conllevado han dado origen a nuevos sujetos de acción y, por ende, a movimientos sociales de diversos tipos. La década de los ochenta es clave para el continente y para la propia noción de movimiento social. Este conlleva un claro matiz de transformación, principalmente en temas de vivienda, salud, tierras y educación, lo que a su vez permitió el reconocimiento de estas movilizaciones de acción colectiva por parte de las ciencias sociales.

Tal como lo indica Mario Garcés, en Chile y la propia Latinoamérica, existe lo que él denomina “un problema histórico”, que radica en la relación entre los propios movimientos sociales y los cambios a nivel político. El movimiento estudiantil es, sin duda, un claro ejemplo de aquello y su aparición es un reencuentro con la tradición de movilización social latinoamericanista, luego de su receso durante el proceso de transición a la democracia. Del mismo modo, para una buena parte de los historiadores, este movimiento estudiantil es relevante porque confiere un punto final a ese proceso y da paso a una nueva etapa histórica.

El Movimiento estudiantil del 2011 logró imponerse gracias a su capacidad de autogestión, lo que le permitió ejercer acciones concretas de transformación en el tiempo. En él distinguimos características propias de

los movimientos sociales en sus diferentes etapas de evolución histórica, como, por ejemplo, el resurgimiento de la figura del trabajador, aquel que recuerda al luchador obrero de fines del siglo XIX. Su desarrollo no sólo implicó que abordara contenidos educativos -aún siendo la reforma a esta materia uno de sus principales logros-, sino que también permite recordar los avances del movimiento durante el siglo XX en relación a su capacidad organizativa.

Una dinámica propia de este tipo de acciones tiene que ver con instalarse en el debate público, hecho que por cierto los estudiantes lograron con creces. Su capacidad de acción traspasó los márgenes de aquello que constituía un “secreto a voces”: la debilidad del Estado para satisfacer la demanda educativa actual en un contexto de crisis de la democracia.

Hoy, en pleno 2014, las consecuencias del movimiento estudiantil de hace apenas tres años atrás son absolutamente tangibles: dirigentes estudiantiles de aquel entonces ocupando cargos parlamentarios, existe constante debate público sobre el tema educativo, se consolida la organización estudiantil –prácticamente inmediata-, hay más ciudadanos informados y exigentes y se discute a nivel nacional uno de los más importantes resultados: una Reforma profunda al sistema educativo.

El libro de Mario Garcés conforma un relato preciso de lo que el movimiento estudiantil significó en un contexto geográfico e historiográfico específico, y en este sentido es de esperar que sea el comienzo de una serie de críticos, sinceros y profundos escritos en torno al tema y, por qué no, de un cada vez mayor “despertar de la sociedad”.